

JULIO II Y LEON X

CAPITULO I

¿POR QUE EN UN ESTUDIO DE MAQUIAVERO DEBE REFERIRSE
A LOS PAPAS DE SU EPOCA?

El estudio de una personalidad, o de una obra, requiere previamente el estudio de la época en que la persona vivió o en que la obra fué escrita.

Cada época se caracteriza por un conjunto de ideas y costumbres, creencias y modalidades, que diríamos es el molde donde una persona va formando su carácter, su espíritu, su voluntad, su idea.

Creencias o ideas, malas o repudiables en una época, resultan buenas o aceptables en otra. Y al hombre que vive con su época, que piensa con ella, que acepta las ideas o conceptos predominantes en la sociedad que actúa, no puede negársele en el futuro valores a su obra o menguar su personalidad, por la razón que las ideas o modalidades de su época resulten luego repudiables. Esa personalidad o esa obra no puede estudiarse haciendo abstracción de la

época (1). De otra manera arribaríamos a equívocos o surgirían apreciaciones contradictorias lamentables.

La personalidad y obra de Maquiavelo es de lo más discutido que pudiera creerse. « Difícilmente — dice un autor (2) — se hallaría en la historia de la filosofía y de las letras, nombre tan enaltecido y tan atacado, genio tan diversa y erróneamente comprendidos y escritos más citados y menos leídos que el nombre, el genio y los escritos de Maquiavelo. »

Creemos que se trata de una acertada opinión, ya que expresa, según nuestro criterio, una serie de exactitudes.

Muchos hablan de Maquiavelo sin tener noticias suyas más que por referencias no siempre acertadas; otros nos hablan de *El príncipe* y nos dicen que es el talonario de recetas necesarias para el déspota; sin entrar a estudiar la situación en que Italia se encontraba entonces; sin leer sus libros, o si se leen, sin profundizar los principios políticos de su obra, que tienen mucho de democrático.

Maquiavelismo es palabra execrable para un Voltaire y en cambio, en labios de Rousseau, resultaría palabra honrada.

Frente a esas contradicciones surge en el espíritu, ávido de verdad, el interrogante de quien tiene razón.

Y para dilucidar esta cuestión es menester, insistimos, estudiar la época en que vivió Maquiavelo; suponer encontrarnos en aquella sociedad, encarar las cuestiones con la misma desnudez, desparpajo y doblez de entonces.

Al encarar este tema debemos referirnos especialmente a uno de sus aspectos fundamentales : el papado.

(1) Ver *Historia del mundo en la Edad moderna*, tomo 1º, pág. 306 y sig., por L. A. Burd.

(2) Ver *El príncipe*, de Maquiavelo, traducido por J. Gallardo, edic. Garnier, pág. 1.

El papa ejerce en esos tiempos un doble poder : espiritual y temporal. El Renacimiento consolidó el poder temporal de los pontífices, que existía ya desde la unión del pontificado con los reyes franceses en el siglo VIII (1).

Del estudio de esa época, surge con claridad meridiana el desprecio de los hombres por la sinceridad, caballerosidad, conceptos inaceptables frente a la astucia, al engaño que se empleaba en la realización de un fin propuesto.

Los sumos pontífices de entonces, hombres como todos, debieron adaptarse a la época de su actuación.

De aquí que les veamos mezclados en cuestiones que no guardan concordancia con los sentimientos cristianos, pero obrando así no obedecían sino al espíritu y necesidades de su época.

El acrecimiento del poder temporal del papado es una fase de la tendencia general hacia la fusión que era al carácterística de la política de entonces.

Gran parte de la historia de Europa durante el siglo XV puede ser expresada por medio de la palabra unión (2).

La política de los papas encaminada a incorporar al patrimonio de San Pedro principados pequeños independientes o semiindependientes, no difiere materialmente de la línea de conducta seguida por Luis o Enrique con sus omnipo-tentes vasallos.

Es necesario establecer una diferencia entre la actividad de un soberano meramente temporal y la de un papa. Libre estaba el monarca de toda sospecha de nepotismo, puesto que los intereses del Estado eran inseparables de los intereses de sus herederos.

(1) Ver *Historia del Renacimiento*, de José Pérez Hervás, tomo 1º, pág. 314 y sig.

(2) Ver *Historia del mundo en la Edad moderna*, tomo 1º, pág. 339, por R. Garnett.

El papa, en cambio, como monarca electivo que era, no podía tener heredero legítimo, pero nada le impedía tener sobrinos o parientes todavía más próximos, cuyos intereses pudieran estar en oposición con los de la Iglesia.

El engrandecimiento papal hace caer sobre los papas, por las razones apuntadas, un odio que no compartieron los demás soberanos. Sixto IV debe figurar en justicia más bien como creador deliberado del poder temporal desde el momento que su política se tradujo en ventajas para sus sobrinos.

Ocurre lo contrario con uno de sus sobrinos Juliano de la Rovere, que llega a ser papa con el nombre de Julio II, a quien se considera uno de los dos arquitectos más grandes del poder temporal.

Sin entrar al detalle de la actuación de Sixto IV, Inocencio VIII y Alejandro VI, porque ello no está dentro de nuestro tema, sólo indicaremos al pasar las características de cada uno de ellos, para tener una impresión de conjunto.

Sixto IV se empeña principalmente en fomentar los intereses de su casa; Imola y Forli formarán excelente acomodo para uno de sus sobrinos, Jerónimo Riario; otro, Julián de la Rovere, fué una de las figuras más prestigiosas y dominantes del Colegio de Cardenales.

La política de Sixto fué un fracaso en todo lo demás.

La elección de su sucesor, Inocencio VII, acaecida en agosto de 1484, mereció las censuras de sus contemporáneos y fué calificada por el notario Infesura de más detestable que la de Sixto IV, en la cual jugó el cohecho parte principal. Durante el papado de Inocencio VIII dominó como nunca la anarquía, y el desprecio a la justicia nunca fué tan universal como entonces.

Un hecho saliente que debe destacarse en el pontificado de Inocencio, es la rendición de Granada el 2 de enero de 1492.

Falleció, Inocencio VIII, el 25 de junio del mismo año. Resultó elegido papa para sucederle, Rodrigo Borgia, por votación casi unánime del Sacro colegio, tomando el nombre de Alejandro VI.

Es de hacer notar que el nombre de Rodrigo no figuró al principio entre los candidatos probables; dos de los miembros más respetables del conclave, los cardenales de Nápoles y de Lisboa, eran, según todas las apariencias, los favoritos. Los cronistas contemporáneos disipan las dudas que pudieran envolver las razones de este acontecimiento: el cardenal Rodrigo Borgia compró, sencillamente, al Sacro colegio.

Durante la actuación de Alejandro VI debe destacarse la figura de su hijo César Borgia, el que sirve, a nuestro parecer, de modelo a Maquiavelo en su obra *El príncipe*.

No entraremos al detalle de las conquistas de César Borgia, ya que ello es ajeno a nuestro tema, pero digamos que así como él adquirió una soberanía por la fortuna de su padre, así también la perdió cuando éste dejó de existir, «aunque hizo lo que un hombre listo y prudente debe hacer para asentar sus Estados, que debía a la fortuna y a las armas ajenas» (1).

«El día en que Júlio II fué elevado al trono pontificio, me dijo, dice Maquiavelo refiriéndose a César Borgia (2), que había pensado en cuánto pudiera suceder a la muerte de su padre y que para todo había hallado remedio; pero que nunca previó que él pudiera estar, a su vez, en peligro de muerte en el mismo instante en que su padre fallecía.»

Alejandro VI fué reemplazado por Pío III, quien tuvo un pontificado efímero de veintisiete días, el que fué re-

(1) Ver Maquiavelo, *op. cit.*, cap. VII, pág. 43.

(2) Maquiavelo, *op. cit.*, cap. VII, pág. 52.

emplazado por la personalidad más belicosa y despótica del Sacro colegio, el cardenal de la Rovere, que dió pruebas de una ambición tan grande, sino más, que la de Alejandro, y tomó el nombre de Julio II (1).

Acerca de la obra de Julio II trataremos en el capítulo siguiente.

El cardenal Juan de Médicis ciñe la tiara pontificia con el nombre de León X, el 4 de marzo de 1513.

Lo que surge indudablemente del estudio de los papas, es el gran poder temporal que llegan a ejercer en un tiempo dado.

El papa es una figura descollante en la política europea, y si a ella agregamos su poder espiritual, no es exagerado ni aventurado afirmar que el papa llega a ser en un momento rey de reyes.

Maquiavelo, hombre esencialmente político, profundamente práctico y realista, no pudo substraerse de la relación con los pontífices. En la política de Florencia aparece desde joven; en 1498 es elegido subsecretario del Consejo de los Diez, y el 14 de julio del mismo año se le nombra primer secretario, cargo que ejerce hasta 1512.

Maquiavelo manifestó gran actividad como autor en los pontificados anteriores a Clemente VII, aconsejando a este papa, después de la batalla de Pavía, la creación de una milicia nacional, proponiéndole la cooperación de Juan de Médicis, que era jefe de las « bandas negras », es decir, bandas de bandoleros que vendían sus servicios al que mejor pagaba.

Clemente VII, que mientras fué cardenal había ayudado a Maquiavelo, recompensó a éste con una subvención anual

(1) *Historia del mundo en la Edad moderna*, tomo I, cap. V, pág. 382, por R. Garnett.

de 100 ducados. Esta subvención facilitó la realización de *La historia florentina*, que había emprendido bajo los auxilios de Julio de Médicis, a quien dedicó la obra cuando la tuvo concluída.

En *El principio* (1), Maquiavelo dice que como los principados eclesiásticos se gobiernan « por medios sobrehumanos, que nuestra pobre razón no puede comprender, intentar hablar de ellos fuera temeridad o presunción por mi parte ». No obstante, agrega en seguida, « si me preguntan cómo se ha acrecentado desde el pontificado de Alejandro VI el poder temporal de la Iglesia, hasta el extremo de hacer temblar hoy al rey de Francia, de arrojarlo de Italia y de aplastar a los venecianos, mientras que antes de esa época no sólo los magnates del país sino también los simples barones y los más insignificantes señores temían muy poco al obispo de Roma, al menos en lo temporal, no vacilaré en responder, aunque los hechos que voy a recordar sean harto conocidos ». Y a renglón seguido, Maquiavelo nos dice que con anterioridad a la entrada del rey de Francia, Carlos VIII, a Italia, la soberanía de este país estaba repartida entre el papa, el rey de Nápoles, el duque de Milán y los florentinos, los que seguían una política que se limitaba a evitar que entrasen en Italia potencias extranjeras y por otra parte se preocupaban del engrandecimiento de cada una de ellas. Los que más temor inspiraban eran el papa y los venecianos. Para dominar a los venecianos, se recurrió a un liga de todos los demás Estados; para dominar al papa se recurrió a los señores romanos, divididos en Orsinis y Colónnras.

Cierto es que la tiara se ceñía a veces a pontífices, como Sixto IV, para reprimir los abusos de los Orsini y los Co-

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, cap. XI, pág. 77 y sig.

lonna, pero no era suficiente para su extirpación por la corta duración del pontificado y en razón de que los esfuerzos de los papas se reducían a humillar a una de las dos fracciones.

Vino al fin, dice Maquiavelo, Alejandro VI, que demostró más que todos sus antecesores lo que es capaz de hacer un papa con armas y con dinero.

« Le sucedió Julio II, que halló el Estado de la Iglesia aumentado con toda la Romaña y deshechas las facciones de los señores romanos por el valor y habilidad de su antecesor, que le enseñó asimismo el arte de amontonar tesoros.

Julio II siguió las huellas de Alejandro VI y le sobrepujó en todo. Enriqueció con Bolonia las tierras de la Santa sede, arruinó a los venecianos y expulsó a los franceses; triunfos tanto más gloriosos, por cuanto ese papa trabajó para la Iglesia y no para enriquecer a los suyos.

Así su santidad el papa León X ha hallado poderosísimo el pontificado, y es de esperar que así como Alejandro y Julio lo engrandecieron por las armas, él lo hará aún más grande y venerable por su bondad y otras mil virtudes » (1).

En este capítulo de *El príncipe*, Maquiavelo nos demuestra la importancia que el poder temporal del papa llega a adquirir a partir de Alejandro VI, poder temporal al que nos hemos referido anteriormente.

Si tan grande es la importancia del papado en la época de Maquiavelo y si el estudio de esa época es tan necesario para comprender la personalidad y la obra del sutil escritor florentino, el papado debe considerarse como un aspecto o fase del estudio de Maquiavelo.

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 80 y 81.